

plaza pública para la edición del 4 de octubre de 1994

Ruiz Massieu: Guerrero

miguel ángel granados chapa

Hacer política local en Guerrero parecía no estar en las expectativas vitales de José Francisco Ruiz Massieu durante la década de los setentas. En esa época su trabajo se concentró en la academia y en puestos de rango medio en la administración pública federal. Sorprendió a muchos políticos profesionales guerrerenses, que forman una clase tan abundante, y tan dividida como la veracruzana por ejemplo, el que el gobernador Alejandro Cervantes Delgado nombrara secretario general de gobierno, en 1981, a Ruiz Massieu. Y no sorprendió, en cambio, que se quedara sólo unos meses en el cargo, y optara por volver a la ciudad de México a fines de ese año, a entrar en la campaña del candidato Miguel de la Madrid como uno de los subdirectores del IEPES encabezado por Carlos Salinas.

Si bien por esa cercanía se comenzó a hablar de él como precandidato al gobierno, luego de su ascenso de oficial mayor de la Secretaría de Salud a subsecretario del ramo, tenía en su contra el hecho de que su jefe, el secretario Guillermo Soberón, era guerrerense también. Y aunque al ex rector de la Universidad Nacional no se le conocían pretensiones político electorales, es usual reservar la primera opción para una gubernatura al nativo de la entidad mejor situado en la escala política, posición que suele ser un cargo en el gabinete, por la cercanía que eso implica con la voluntad presidencial. Es probable, entonces, que el doctor Soberón haya desestimado esa posibilidad, de modo expreso,

y que su actitud pusiera a Ruiz Massieu en el primer lugar de la fila de aspirantes.

Su campaña y su elección no implicaron mayores dificultades, pues el gobernador Cervantes Delgado había contribuido a aligerar el pesado ambiente político que dejó la gubernatura de Rubén Figueroa, padre del actual gobernador que ha invocado los manes familiares y reconstruido la situación prevaleciente en la segunda mitad de los setentas. Ruiz Massieu, por consiguiente, hubiera podido continuar y profundizar el trabajo político de su antiguo jefe. y pudo haberlo enriquecido con sus propias visiones modernas de la política. Pero la división priista de 1987, y los resultados electorales del año siguiente, ^{fuera} especialmente graves para el sistema en Guerrero. El candidato Félix Salgado volcó en el colegio electoral cientos de boletas a medio quemar, que constituyeron una de las evidencias del fraude perpetrado en aquella entidad, cuyas senadurías fueron quizá ganadas también por los candidatos del Frente Democrático Nacional.

Guerrero quedó convertido así, junto con su vecino Michoacán, en bastión del perredismo, que ya con su nueva denominación acudió a los comicios locales de 1989. Y ante su fuerza, y el riesgo consiguiente de que el PRI perdiera su carácter hegemónico y de esa manera se estremeciera la trama de intereses dependiente de su capacidad de dominio, estallaron, en la ruda vivencia real, las convicciones democráticas, plurales y modernas de Ruiz Massieu. El mismo explicó esa dualidad al reportero de Proceso, Ignacio Ramírez, en una conversación tenida a comienzos de 1990, y

publicada hasta ahora, con motivo de su asesinato. Con crudeza, por decir lo menos, dijo Ruiz Massieu:

“Hay una cierta dosis de ingenuidad al pensar que una persona que plantea tesis y proyectos políticos, tan sólo por llegar a un encargo de responsabilidad, pueda automáticamente aplicar en toda su integridad las tesis democráticas que ha venido acariciando. No deja de ser ingenuo pensar eso”.

Sin ingenuidad, nadie hubiera esperado tal conversión automática de las tesis a las vivencias. Pero sí se esperaba una dosis de tolerancia mayor que la ejercida por el gobernador. Son muchos los episodios represivos (amén de otras prácticas autoritarias) en que constó su voluntad de apelar más a la fuerza que a la razón. Ya el 30 de julio de 1988 había anunciado su nuevo credo: “...en plan de pleito, va a haber sangre, problemas, porque el gobierno de Guerrero es fuerte y tiene los pantalones bien puestos”.

El 27 de febrero de 1990 tuvo lugar uno de los acontecimientos que pintan mejor el talante de Ruiz Massieu en su pugna contra el perredismo. El reporte de Americas Watch (publicado como libro bajo el título Derechos humanos en México, por Planeta) es elocuente al describir el suceso:

Ese día, “se reunieron militantes y simpatizantes del PRD en las afueras de la ciudad de Acapulco, para protestar por el fraude electoral. Previa a la marcha los líderes estatales del PRD habían llegado a un acuerdo con el presidente municipal de Acapulco, René Juárez Cisneros: los manifestantes acordaban no bloquear la carretera y seguir

una ruta preestablecida por las zonas exteriores de la ciudad hasta La Poza, comunidad cercana al aeropuerto.

La mayoría de los manifestantes eran campesinos que, a pesar de las peticiones expresas de los líderes perredistas, cargaban palos y probablemente también machetes y piedras. Por su parte, las varias unidades de la policía estatal tuvieron su cuota de responsabilidad en la violencia que se suscitó. Cuando los marchistas, entre ellos ancianos, mujeres y niños, llegaron a la altura del campo de golf del Hotel Princess, en las cercanías de La Poza, la policía bloqueó el paso por la carretera y empezó a lanzar piedras a los manifestantes; algunos respondieron, iniciando el combate cuerpo a cuerpo. Otros trataron de escapar brincando el murete que rodea al hotel, pero elementos de la policía los persiguieron en el campo de golf. Algunos de los marchistas entrevistados por Americas Watch aseguran que se escucharon varios disparos, que coadyuvaron al pánico, pero no pudieron determinar de dónde provinieron. Alrededor de 150 manifestantes lograron refugiarse en el hotel: los empleados se negaron a entregarlos a la policía y el doctor del hotel atendió a los heridos.

Hay varias versiones sobre el inicio de la violencia; según fuentes oficiales y notas periodísticas de diarios afines al gobierno y al PRI, los manifestantes bloquearon la carretera y atacaron a la policía. El PRD y los manifestantes niegan esta versión y aseguran que caminaban a un lado de la carretera tal como lo habían acordado; agregan que el ataque inició justo después del paso del gobernador. El saldo del enfrentamiento fue la muerte del perredista Donaciano Rojas Lozano, cuando menos cincuenta

manifestantes sufrieron daños neurológicos por heridas en el cráneo. Treinta y seis manifestantes fueron detenidos y posteriormente liberados. Uno de los que pasó mayor tiempo en detención tenía ambos brazos rotos desde el enfrentamiento pero no recibió atención médica sino hasta 15 días después de su arresto.”

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Ruiz Massieu: Guerrero

Sorprendió a muchos políticos profesionales guerrerenses, que forman una clase tan abundante, y tan dividida como la veracruzana por ejemplo, el que el gobernador Alejandro Cervantes Delgado nombrara secretario general de Gobierno, en 1981, a Ruiz Massieu. Y no sorprendió, en cambio, que se quedara sólo unos meses en el cargo.



Hacer política local en Guerrero parecía no estar en las expectativas vitales de José Francisco Ruiz Massieu durante la década de los setenta. En esa época su trabajo se concentró en la academia y en puestos de rango medio en la administración pública federal. Sorprendió a muchos políticos profesionales guerrerenses, que forman una clase tan abundante, y tan dividida como la veracruzana por ejemplo, el que el gobernador Alejandro Cervantes Delgado nombrara secretario general de Gobierno, en 1981, a Ruiz Massieu. Y no sorprendió, en cambio, que se quedara sólo unos meses en el cargo, y optara por volver a la ciudad de México a fines de ese año, a entrar en la campaña del candidato Miguel de la Madrid como uno de los subdirectores del lepes encabezado por Carlos Salinas.

Si bien por esa cercanía se comenzó a hablar de él como precandidato a la gubernatura, luego de su ascenso de oficial mayor de la Secretaría de Salud a subsecretario del ramo, tenía en su contra el hecho de que su jefe, el secretario Guillermo Soberón, era guerrerense también. Y aunque al ex rector de la Universidad Nacional no se le conocían pretensiones político electorales, es usual reservar la primera opción para una gubernatura al nativo de la entidad mejor situado en la escala política, posición que suele ser un cargo en el gabinete, por la cercanía que eso implica con la voluntad presidencial. Es probable, entonces, que el doctor Soberón haya desestimado esa posibilidad, de modo expreso, y que su actitud pusiera a Ruiz Massieu en el primer lugar de la fila de aspirantes.

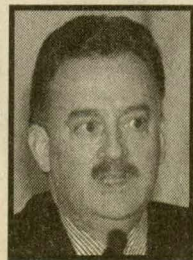
Su campaña y su elección no implicaron mayores dificultades, pues el gobernador Cervantes Delgado había contribuido a aligerar el pesado ambiente político que dejó la gubernatura de Rubén Figueroa, padre del actual gobernador que ha invocado los manes familiares y reconstruido la situación prevaleciente en la segunda mitad de los setenta. Ruiz Massieu, por consiguiente, hubiera podido continuar y profundizar el trabajo político de su antiguo jefe, y pudo haberlo enriquecido con sus propias visiones modernas de la política. Pero la división priísta de 1987, y los resultados electorales del año siguiente, especialmente graves para el sistema en Guerrero, se lo impidieron. El candidato Félix Salgado volcó en el colegio electoral cien-

tos de boletas a medio quemar, que constituyeron una de las evidencias del fraude perpetrado en aquella entidad, cuyas senadurías fueron quizá ganadas también por los candidatos del Frente Democrático Nacional.

Guerrero quedó convertido así, junto con su vecino Michoacán, en bastión del perredismo, que ya con su nueva denominación acudió a los comicios locales de 1989. Y ante su fuerza, y el riesgo consiguiente de que el PRI perdiera su carácter hegemónico y de esa manera se estremeciera la trama de intereses dependiente de su capacidad de dominio, estallaron, en la ruda vivencia real, las convicciones democráticas, plurales y modernas de Ruiz Massieu. El mismo explicó esa dualidad al reportero de *Proceso*, Ignacio Ramírez, en una conversación tenida a comienzos de 1990, y publicada hasta ahora, con motivo de su asesinato. Con crudeza, por decir lo menos, dijo Ruiz Massieu:

"Hay una cierta dosis de ingenuidad al pensar que una persona que plantea tesis y proyectos políticos, tan sólo por llegar a un encargo de responsabilidad, pueda automáticamente aplicar en toda su integridad las tesis democráticas que ha venido acariciando. No deja de ser ingenuo pensar eso".

Sin ingenuidad, nadie hubiera esperado tal conversión automática de la tesis a las vivencias. Pero sí se esperaba una dosis de to-



Ruiz Massieu hubiera podido continuar y profundizar el trabajo político de su antiguo jefe, y pudo haber-

lo enriquecido con sus propias visiones modernas de la política. Pero la división priísta de 1987, y los resultados electorales del año siguiente, especialmente graves para el sistema en Guerrero, se lo impidieron.

lerancia mayor que la ejercida por el gobernador. Son muchos los episodios represivos (amén de otras prácticas autoritarias) en que constó su voluntad de apelar más a la fuerza que a la razón. Ya el 30 de julio de 1988 había anunciado su nuevo credo: "...en plan de pleito, va a haber sangre, problemas, porque el gobierno de Guerrero es fuerte y tiene los pantalones bien puestos".

El 27 de febrero de 1990 tuvo lugar uno de los acontecimientos que pintan mejor el talante de Ruiz Massieu en su pugna contra el perredismo. El reporte de Americas Watch (publicado como libro bajo el título *Derechos humanos en México*, por Planeta) es elocuente al describir el suceso:

Ese día, "se reunieron militantes y simpatizantes del PRD en las afueras de la ciudad de Acapulco, para protestar por el fraude electoral. Previa a la marcha los líderes estatales del PRD habían llegado a un acuerdo con el presidente municipal de Acapulco, René Juárez Cisneros: los manifestantes acordaban no bloquear la carretera y seguir una ruta preestablecida por las zonas exteriores de la ciudad hasta La Poza, comunidad cercana al aeropuerto.

"La mayoría de los manifestantes eran campesinos que, a pesar de las peticiones expresas de los líderes perredistas, cargaban palos y probablemente también machetes y piedras. Por su parte, las varias unidades de la policía estatal tuvieron su cuota de responsabilidad en la violencia que se suscitó.

"Cuando los marchistas, entre ellos ancianos, mujeres y niños, llegaron a la altura del campo de golf del hotel Princess en las cercanías de La Poza, la policía bloqueó el paso por la carretera y empezó a lanzar piedras a los manifestantes; algunos respondieron, iniciando el combate cuerpo a cuerpo. Otros trataron de escapar brincando el murete que rodea al hotel, pero elementos de la policía los persiguieron en el campo de golf. Algunos de los marchistas entrevistados por Americas Watch aseguran que se escucharon varios disparos, que coadyuvaban al pánico, pero no pudieron determinar de dónde provinieron. Alrededor de 150 manifestantes lograron refugiarse en el hotel: los empleados se negaron a entregarlos a la policía y el doctor del hotel atendió a los heridos.

"Hay varias versiones sobre el inicio de la violencia; según fuentes oficiales y notas periodísticas de diarios afines al gobierno y al PRI, los manifestantes bloquearon la carretera y atacaron a la policía. El PRD y los manifestantes niegan esta versión y aseguran que caminaban a un lado de la carretera tal como lo habían acordado; agregan que el ataque se inició justo después del paso del gobernador. El saldo del enfrentamiento fue la muerte del perredista Donaciano Rojas Lozano, cuando menos cincuenta manifestantes sufrieron daños neurológicos por heridas en el cráneo. Treinta y seis manifestantes fueron detenidos y posteriormente liberados. Uno de los que pasó mayor tiempo en detención tenía ambos brazos rotos desde el enfrentamiento pero no recibió atención médica sino hasta 15 días después de su arresto."